

UN MES.

Madrid, . . . . . 4  
Prov. 3 meses. . . 20

# EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid, . . . . . 60  
Provincia. . . . . 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

**SUMARIO.**

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

**ABADIA DE SAN WANDRILLE.**

La abadía de San Wandrille, hermoso monumento gótico de Normandía, debe su fundación á un varón virtuoso que prefirió una vida sosegada y oscura al rango brillante á que su alcurnia lo destinaba.

Wandregesilo, nacido en el territorio de Verdun, y emparentado con la ilustre familia de los Pepins, recibió las ordenes sagradas de manos de San Ouen, á la sazón arzobispo de Ruan, no teniendo desde entonces mas objeto que fundar un monasterio en la soledad lejos del tumulto y agitación de las ciudades, y rogar en él en sosegado retiro. Realizó su proyecto luego que obtuvo del prefecto de palacio la cesion de un terreno inculto y silvestre á orillas del arroyo de Fontenelle, y cerca de la vía romana que conducía de Ruan á Jullibona, Lillebone.

San Wandrille fundó allí en 648 un monasterio, y á pocos años logró reunir en él trescientos habitantes; vió levantarse varios templos bajo la invocación de San Pedro, San Pablo, San Paneracio y San Lorenzo.

Murió á los ochenta y seis años de edad. La importancia del monasterio se aumentó en tiempo de sus sucesores, especialmente de San Lamberto, su segundo abad, y de San Condé, habiéndose reunido en la época de este último todo el territorio de otro vecino monasterio.

Entre sus bienhechores contábase la madre de Clotario III, Santa Batilde, muger superior, que habiendo gobernado á la Francia y sucumbido á palaciegas intrigas, vióse obligada á retirarse á la abadía de Chelles, fundada por ella misma. El unico acontecimiento histórico que presencié el monasterio de San Wandrille, consiste en la muerte del último merovingio, del desgraciado Childerico III, quien despues de haber sido destronado por Pe-

pino el Breve, fué á terminar sus dias en aquel retiro, y murió en el año 752.

Por una triste fatalidad, esta abadía que fundó San Wandrille como una morada de eterna paz y de olvido, fué la que sufrió mas vicisitudes de las guerras y revoluciones.

Los normandos llevaron muchas veces el terror y desolacion con sus invasiones en la pequeña colonia del valle de Fontenelle, y en 841, solo á fuerza de dinero pudo librarse de los estragos de la guerra. Quince años despues, los monges se vieron precisados á huir al través de la Picardia y la Flandes, llevándose consigo las reliquias de San Wandrille y de San Aoberto. En 862, hubo otra invasion de los normandos, de cuyas resultas quedó convertido el monasterio en un monton de ruinas, que por espacio de un siglo permanecieron sepultadas entre ortigas y malezas. En fin, San Gerardo, abate de Gante, con harto trabajo obtuvo la restitucion

gun suceso de importancia; pero en 1250 fué pábula de un incendio mas considerable que todos los anteriores. Sin embargo, pronto volvió á levantarse, gracias á los cuidados y esfuerzos de los abates Pedro Manviel, Gofredo II y Guillermo de Norville, que hicieron edificar la mitad de la nave y un campanario cuadrado de igual altura á la de los vecinos collados, encima del cual se alzaba una aguda flecha que se perdía en las nubes. Ultimamente quedó concluido el edificio bajo el gobierno de Gofredo IV á fines del siglo XIV. Pero apenas concluido ya empezaron sus dias de decadencia; los monges lo descendieron, abandonáronle los pueblos, el tiempo lo fué minando incesantemente hasta que solo han quedado esas magníficas ruinas que llenan de admiracion al viajero, al pintor, al arquitecto y á todo curioso por lo osado y pintoresco de su disposicion y estructura.

Siá querélo nos sobrecogió un sentimiento de susto al contemplar los cuatro haces de columnitas que forman el único sosten del campanario, de las que á cada instante se desmorona alguna piedra y va á aumentar el monton de escombros que obstruye el recinto.

En un brazo del crucero habia un grosero revestimiento de yeso, que habia mucho tiempo que excitaba la curiosidad; y habiéndolo quitado á golpes de martillo, ha puesto á la vista una pintura, la mas bárbara que produjo la completa ignorancia del arte del dibujo; representá la lapidacion de San Estéban, y forma el mayor contraste al lado de las delicadas esculturas de que está rodeada.

La vegetacion se ha apoderado de todas esas ruinas: columnas, capiteles, ojivas, todo se halla cubierto de yedra, de saxifraga, etc.

Así tambien pocos monumentos de la edad media prestan mas materia á las ideas supersticiosas, que por una estraña anomalía nunca dejan de poner la morada de las brujas y demonios en los sitios que habitaron unos hombres dedicados al servicio y alabanza de Dios. Por eso ningun aldeano osa acercarse á esas ruinas cuando los rayos lunares penetran por las rotas ojivas, y aun desde lejos se le oprime el corazon al figurarsele un ser fantástico el pilar que divisa blanqueado por la plateada claridad de la luna.

Con efecto, en aquellas épocas de ignorancia en que la imaginacion con toda la fuerza del hombre primitivo luchaba entre la rudeza de las creencias traídas de las agrestes selvas del Norte y las verdades del cristianismo, cuando un genio ilustrado alzaba uno de esos prodigios del arte que aun en el dia son la admiracion de los inteli-



Abadía de San Wandrille.

de aquel sagrado territorio, levantó nuevamente el edificio, y volvió las cenizas profanadas á sus primitivos sepulcros. Hasta 1033 no fué consagrada la nueva iglesia, lo que tuvo efecto en vida del abate San Gaudolfo. Pasaron dos siglos sin que el monasterio tuviese que deplorar ni-

gentes, el sencillo pueblo no sabía darse cuenta de tal maravilla sino atribuyéndola su construcción á los seres sobrenaturales.

## LA PRINCESA DE LOS CASPIOS,

leyenda historico-original

DE DOÑA MARIA DEL PILAR SINCES DE MARCO.

(Conclusion).

IV.

¡Vete!... ¡Mataron mi amor  
Tus criminales intentos!  
¡Vertigo de tu señor!  
¡Morirás entre tormentos  
Con inaudito dolor!...  
Esa sombra ensangrentada  
Siempre estará ante tus ojos;  
Y tu cabeza abrasada  
Se sentirá destrozada  
Por tu corona de abrojos!...

(LA AUTORA.—Isabel de Arcas,  
—Dramatizada).

Dos días han transcurrido desde que tuvo lugar la última entrevista de los dos esposos; el príncipe de los ismedios se prepara á partir, en cuanto raye la aurora, para el campo macedonio, á fin de llegar de incógnito al cerrar la noche; pocas personas van en su compañía, pero le sigue de cerca un formidable ejército.

Señor de Maracanda, y teniendo á su devoción las dilatadas costas de la Bactriana, va á dirigirse con ánimo sereno y á favor de un disfraz, á dar el golpe mortal en el corazón de su rey y señor, el magnánimo Alejandro, en la noche misma de sus régias bodas.

Efesiondiata al monarca porque ambicionaba su corona; pero le aborrecía mucho más desde que sabía que le había robado el corazón de Hermione; así pues, muerto Alejandro, se hacía proclamar rey inmediatamente, se deshacía de un poderoso aunque inocente rival, y recogía de una vez el fruto de todos los crímenes de su vida.

Tendióse en el lecho, y bien pronto el sueño cerró sus fatigados ojos.

Dejémosle dormir, y vamos en busca de Hermione, cuya triste suerte es hartó digna de compasión.

Sentada la joven, tenía las manos cruzadas sobre las rodillas; su semblante hermoso hasta el grado más sublime, estaba pálido como el mármol; sus grandes ojos azules, serenos como el cielo de un día de estío, estaban ahora fijos é inmóviles, y sus largos cabellos negros, sencillos, la envolvían como un manto de seda, y habían á ensortijarse en sus diminutos pies. Una túnica de lana fina y blanca, á la manera de las sacerdotisas druidas, y un manto de púrpura de Tiro, sujeto en el hombro con un broche de pedrería, componían su traje, que llevaba desceñido y en el mayor desorden.

La pobre Teane, sentada á sus pies, lloraba amargamente, sin que interrumpiese el sepulcral silencio que reinaba en la estancia, otro rumor que el que producían los sollozos de la anciana.

De repente levantó la princesa la frente, y sacudió la cabeza con un fiero movimiento de arrogancia.

—Desta de llorar, madre mía, dijo dirigiéndose á Teane: muera el asesino de mi padre: él me inspira desde el cielo, donde mora en compañía de los dioses: ¡oh, padre mío! ¡oh, hermanos! ¡Voy á vengaros para dar paz á vuestras sombras irritadas!

Calló la princesa sin atreverse á formular el pensamiento que dominaba á todos los demás en su alma, el amor tenía no pequeña parte en su resolución; pero Hermione no quería confesarse á sí misma, lo que juzgaba una inoble flaqueza.

En su alma pronto existía el germen de todas las virtudes, y la desgraciada princesa hubiera sido una mujer sin igual si hubiera nacido en nuestro siglo y bajo el cielo de nuestra hermosa España.

Levantóse Hermione, imitándola Teane, que abrió en seguida la puerta.

Eran las once de la noche; la nodriza encendió una linterna sorda y salió para llamar al capitán de guardias de la princesa, que entró un momento después seguido de aquella.

—¿Está la carroza prevenida? Estraton, preguntó la joven.

—Sí, señora, contestó éste.

—¿Y mi guardia?

—Os espera.

—Seguidme, pues, dijo Hermione; pero no me obliguéis á dar el golpe fatal, añadió con temblorosa voz.

Nada respondieron sus taciturnos compañeros, y siguieron caminando por las largas galerías que conducían al aposento del príncipe.

Al pasar por la antecámara encontraron dormida á toda la guardia, menos á Nearco, su capitán, que se paseaba junto á la puerta que daba paso á la estancia de Efestion; la débil luz de una tea, colocada en un pebetero de oro, iluminaba el semblante del joven guerrero al pasar por delante á ella, volviendo á dejarle en la sombra cuando se alejaba con mesurado paso.

Solamente el acompasado ruido de su armadura turbaba el silencio que reinaba en aquel aposento.

Al divisar Nearco á la joven princesa, dobló su cabeza y se adelantó á recibirla con el yelmo en la mano; mas Estraton se abalanzó sobre él, y cubriéndole la cabeza con una capa le hundió su puñal en la garganta (1).

El capitán cayó sin lanzar un gemido, y en su rostro juvenil apareció la inmovilidad de la muerte.

—¡Adelante, señora! dijo Estraton; tened valor.

—¿No podréis ir solo? dijo Hermione, más pálida que el cadáver que yacía tendido á sus pies, y pasando una mano por su frente bañada de heado sudor.

—Imposible, respondió Estraton; si vos no me acompañáis, yo también me retiro.

—Y mañana, murmuró Teane, mañana morirá sin remedio el rey á manos de Efestion.

Entonces brillaron los ojos de la princesa con una ráfaga de delirio, y abrió la puerta que la separaba del aposento de su esposo, que dormía tranquilamente.

Estraton echó sobre la cabeza del príncipe la capa fatal, y envainó tres veces en su pecho el puñal, rojo aun con la sangre de Nearco.

Un grito sofocado por los anchos pliegues del manto de púrpura, llegó á los oídos de la nueva Judith, después nada más se oyó... Se agitó el sudario, y siguió el silencio de la muerte.

Teane sacó un largo y afilado cuchillo, cortó la cabeza de Efestion, y la guardó envuelta en la horrible capa, en tanto que Estraton se acercaba á Hermione, que retrocedió espantada.

—¡He vengado á vuestra familia, señora! dijo el capitán de guardias con amarga sonrisa.

—¿Y has salvado á la vez la vida y la corona de Alejandro? contestó la princesa tendiendo sus manos al asesino. ¡gracias, Estraton!

Pocos momentos después subían Hermione, Teane y Estraton á la carroza de la princesa, escoltados por una numerosa guardia.

Estraton poseía toda la confianza del príncipe de los ismedios, é hizo creer á todos muy fácilmente que por orden de éste sacaba del campo á Hermione.

V.

Y ve reinada el alma  
De amargo desconsuelo,  
Que de este triste suelo  
Se haya la compasión.  
Por eso, cuando la palma  
Conquistes del martirio,  
Escuerta tu delirio,  
Denro del corazón.

(LA AUTORA.—El Angel de la Muerte.—Leyenda).

Al pasar á aquel día, es decir, á la misma hora en que debía penetrar Efestion, según sus designios, en el campo de los macedonios, llegó

(1) Histórico.

á él la princesa; los arqueros del rey divisaron la crecida escolta que acompañaba la carroza, é inmediatamente dieron la voz de alerta.

Todas las tropas se formaron delante de las tiendas.

Apeóse la princesa, habiéndola tenido el estrido el príncipe de Epiro, joven el más apuesto y arrogante de todos los que componían la corte de Alejandro el Grande.

El campamento presentaba un espectáculo de que no podemos tener idea en nuestros días; la anchurosa llanura, en la cual se habían construido las tiendas, se veía iluminada por el resplandor de mil hogueras que habían encendido los soldados en señal de regocijo; brillaba la luna en el firmamento, derramando sus plateados rayos, que iban á quebrarse en las locientes armaduras de los guerreros.

Aquellas dos luces hacían un magnífico y sorprendente contraste, y sus fulgores luchaban en brillantez, venciendo, no obstante, á los rojizos resplandores de las hogueras, los purós y argelinos rayos de la antorcha celeste.

Veíase en primer término una larga fila de tiendas, tan profusamente alambradas en su interior, que parecía que un radiante sol las preataba sus fulgores; sus cortinas eran de filis de plata recamadas de pedrería; en todas ellas tremolaban los estandartes de Persia y Macedonia, columpiados por el suave viento de la noche, y en su parte más elevada se ostentaban, formados con flores, los nombres de Alejandro y de Estalira.

La primera de aquellas tiendas estaba ocupada por la familia real: las demás por los príncipes confederados de toda el Asia, que habían acudido á la gran solemnidad que se celebraba con motivo de las régias bodas.

Los pages, escuderos y soldados tenían un poco más retiradas sus tiendas, pero su número era tan grande, que hubiera sido una locura el intentar contarlas.

La infeliz Hermione sintió que su corazón se destrozaba al contemplar aquel hermoso cuadro. Palideció de pronto, y sus labios temblaron convulsivamente, pero haciendo un violento esfuerzo, presentó sonriendo su mano al joven Demetrio que la esperaba.

—Conducidme á la tienda del rey, príncipe, dijo con dulce voz al caballero. Y pasó con semblante sereno é inclinando la cabeza para saludar por delante de las filas de soldados, que doblaban ante ella sus picas y ballestas.

La carroza quedó rodeada de la guardia de la princesa, á la cual siguió Estraton con Teane hasta el umbral de la tienda de Alejandro; allí se detuvieron con los príncipes y cortesanos que iban en pos de la joven.

Hermione se quedó inmóvil y como petrificada al levantar dos heraldos las amplias cortinas de la tienda real.

Becostado el monarca en una otomana, tenía á su lado á su joven esposa. Cerca de ellos se veía á la anciana reina de Persia Sisigambes, madre del rey Darío, en cuyas rodillas estaba sentada la niña Aspasia, hermana de la desposada.

La régia abuela contemplaba á sus nietos con entrañable amor, y de vez en cuando acercaba sus labios á los dorados y perfumados huélos de la niña que tenía en su regazo; aquella venerable anciana era el único apoyo que el cielo había dejado á las huérfanas de Darío.

Todas los historiadores convienen unánimes en elogiar la maravillosa belleza, aunque de género diferente, de las princesas de Persia.

La esposa de Alejandro contaba entonces diez y siete años, y su talla elevada era esbelta y débil, como las jóvenes palmeras de su nación; tenía los ojos estremadamente grandes, negros y brillantes como el azabache bruñido, pero melancólicos y pensativos; la dirección natural de su mirada era de frente; pero notábase en ella una ligera inflexión hacia el cielo, como si mirase más allá de este mundo; por eso, sin duda, sus larguísima y ensortijadas pestañas se unían casi á sus arqueadas cejas de suave y delicado dibujo. En aquellos hermosos ojos se encerraba una historia entera de amor y de tristeza (2).

(2) Sabida es la entrañable pasión que la joven Estalira alimentaba por el príncipe de Escitia, y bien no-

Jamás habían crecido sus cabellos mas que hasta el extremo del cuello que se unió á la espalda, y á la que las criollas de las Antillas (únicas mugeres que poseen esas cabelleras cortas y espesas), llaman *collar de Venus*; pero allí se ensortijaban en gruesos y lustrosos anillos de un negro azulado, como el plumage que viste las alas del cuervo; tal vez, inspirados los macedonios por la sublime hermosura de aquella cabeza de querubín, apellidaron á su jóven soberana *el Angel triste*.

El resto de sus facciones era de una belleza tal, que al ver á Estátira se experimentaba un vago sentimiento de melancolía, y parecia imposible que aquella divina criatura pudiese vivir en el mundo (1).

Cuéntase que al formar Praxiteles la célebre estatua de la princesa, que se conserva en Atenas como una maravilla de arte y hermosura, tachó de demasiado débiles y delicadas las formas del modelo, y que notándolo ella, le dijo con dulce y triste sonrisa: *El pan del cautiverio, amigo mio, me ha hecho crecer, pero no ha podido nutrirme*; y á la verdad que no le faltaba razon, porque sus manos eran delgadas hasta la transparencia, delgada tambien su garganta como la de una niña, y en su seno, blanco como el lirio de los valles, se dibujaban con claridad sus azules venas.

La princesa Aspasia contaba dos años menos, y era pequeña, rubia, rosada y gruesa, como una de esas jóvenes que ha reproducido el pincel de Boucher; sus ojos azules eran dulces y alegres; la blancura de azucena de su frente, sienes y garganta, hacia un precioso contraste con el sonrosado de sus mejillas; sus cabellos de un rubio dorado y brillante, bajaban en sedosos y largos bucles hasta tocar su cintura, y su sonrisa era encantadora, y admirable la perfeccion de todas sus formas.

Tenia puesta una túnica blanca, y su manto era azul, lo mismo que la banda que ceñía su cabeza.

La esposa de Alejandro llevaba un traje de brocado de oro, aunque con dificultad podia asegurarse por la profusion de pedrería de que estaba cubierto; formaban el dibujo de la tela los rubies, topacios y amatistas, y el ramaje las mas ricas y brillantes esmeraldas; su rizada y negra cabellera estaba sujeta con un ancho cintillo de diamantes, y llevaba semicubiertos los hombros con el manto real.

En quanto al rey de Macedonia, su belleza era de ese género que no se puede olvidar jamás cuando se ha visto una vez. Tenia su tez ese moreno de ábar, que ejerce una seduccion tan poderosa cuando es realzado por unos grandes ojos negros, de azulado globo; por una boca de sólido carmin, sombreada por un negro bigote y por una abundante cabellera de color castaño. No era alto, aunque su estatura pasaba algo de los límites regulares; y sus formas esbeltas y nerviosas eran perfectas como las del jóven Apolo. Estaba armado enteramente; llevaba como Estátira el manto real, bajando sus largos pliegues hasta besar el pavimento, y ceñía sus sienes la doble corona de Macedonia y de Persia, cuyos imperios estaban simbolizados en florones de oro y pedrería.

La princesa, inmóvil en el umbral, miraba atónita al interior de la tienda. Aseméjase á un pobre pájaro fascinado por los ojos de un halcon; detrás de ella esperaban Teane y Estraton á que penetrara para seguirla.

Al aparecer la jóven, el rey y la reina se pusieron de pie: habian oido batir marcha y conocido que la persona que se acercaba era de elevada gerarquía, adquiriendo esta corteza al ver el magestuoso continente de la recién llegada.

Aspasia bajó de las rodillas de su abuela, la cual se incorporó con trabajo en la pila de cognos en que estaba recostada.

Hermione no avanzó un paso, sin embargo; muda, helada, seguía embobada contemplando

aria es tambien que solo consistió en ser reina de Macedonia, por evitar á su anciana abuela y á su jóven hermana el cautiverio de Alejandro.

(NOTA DE LA AUTORA).

(1) La reina de Macedonia vivió, no obstante, largos años, y su existencia, tan frágil al parecer, fué combatida por terribles dolores.

(1833.)

al rey y á las princesas; la presencia de Alejandro le sumergia en un éxtasis delicioso; pero la vista de su esposa, tan bella y adorable, desgarraba su corazón.

Alejandro recordó al fin haber visto otra vez á aquella hermosa y melancólica jóven, y al cabo de breves instantes de reflexion se presentó vivamente á su memoria la hija de Crátates, arróllada á sus pies como la habia contemplado un año antes.

—Los dioses os den paz, princesa, dijo adelantándose para recibirla; bien venida seas.

Aquella voz vibrante y sonora sacó á Hermione de su doloroso letargo; pero sus rodillas se doblaron, y cayó de hinojos á los pies del rey; diríase que una fatalidad implacable obligaba á la infeliz á doblar siempre la frente á las plantas del hombre á quien tanto amaba.

—Alzad, princesa, dijo Alejandro, tomando en sus torneadas y nerviosas manos las yertas de Hermione: alzad, os lo ruego, añadió con seductor acento. Mas como vióse que la jóven no abandonaba su postura:

—Queréis algo? prosiguió ¿en qué puedo servirvos?

De súbito se nubló su frente, y sus cejas se contrañeron con un movimiento nervioso.

—¿Vuestro padre? preguntó despues vivamente y dirigiéndose á la princesa; ¿quién es de él y de vuestros hermanos?

—¡Han muerto, señor! contestó Hermione con voz baja y temblorosa.

—¡Han... muertos!... repitió Alejandro, cuyo corazón sensible como el de una muger, saltó en su pecho con violento latido. ¡Han muertos!... ¿quién los ha muerto, Hermione?

—¡Este traidor!... exclamó Teane, abriéndose paso entre la multitud que obstruía la puerta, y mostrando en la mano la ensangrentada cabeza, que sacó de la capa en donde la llevaba envuelta, se precipitó tambien á los pies del rey.

—¡Sí! prosiguió la vengativa anciana; Efestion es el verdugo de Crátates, de sus hijos y del mio. Efestion, repitió enjugando con fiereza las lágrimas que aquel doloroso recuerdo la arrancara; Efestion, que iba á ser tambien vuestro asesino, porque queria ceñir á su frente vuestra corona; pero su esposa ¡oh gran rey! os ha salvado y me ha vengado, vengándose á la vez á sí misma.

—¡Su esposa! gritó Alejandro con un acento que estremeció á todos, y cubriéndose el rostro con las manos, huyó al extremo mas lejano de la estancia.

Hubo un largo silencio, interrumpido únicamente por los sollozos de la princesa, que inclinaba la frente hasta el suelo. ¡Ay, desventurada! ¡Aquel grito la decia bien claro que habian muerto todas sus esperanzas!

Alzó por fin el monarca la frente, cubierta de livida palidez, y sus ojos brillaron con un fulgor sombrío.

Nadie ha puesto en duda la rígida virtud de Alejandro, porque dió de ella tan evidentes y poderosas pruebas, que la envidia ó la calumnia han sido siempre impotentes para herir su glorioso renombre; á la fama de sus hechos de armas iba unida la de sus rasgos de generosidad y de su severa justicia; perdonó en todas ocasiones sus propias ofensas, por graves que fuesen, pero se manifestó inflexible para castigar delitos premeditados y hasta leves faltas, si argüían crueldad de corazón ó baja de sentimientos.

Efestion era uno de los mas odiosos crimenes: traidor y asesino de Dario, traidor á Alejandro y homicida de Crátates y de sus hijos, merecia mil muertes; mas todo se borró de la memoria del rey; al oír que habia muerto por la mano de su esposa, no pensó siquiera en que debía su corona y su vida á aquel crimen, no; vió el crimen solo con todo su horror y en toda su desnudez, y para él, Efestion era la víctima, Hermione era el verdugo.

—¿Con que esta muger, dijo lentamente, ha asesinado al hombre á quien unió su destino? ¿Quién te mandó castigar las ofensas que me habia hecho, monstruo de iniquidad? ¿Por qué exceso de maldad has querido manchar tus manos con la sangre de tu esposa? ¡Oh, Crátates! prosiguió alzando su vista al cielo: no me es dado castigar tu muerte! ¡No puedo vengar las vuestras, Casandro, Tolomeo!... ¡Esta furia, á la

cuál llamásteis hija y hermana, me ha robado con su horrible crimen el derecho de hacer justicia!...

—¡Yo no he sido quien le maté!... No... no he sido yo!... gritó Hermione en el vértigo del dolor mas agudo, y retorciendo sus manos.

El rey lanzó á la infeliz jóven una mirada que abogó su voz y aniquiló sus fuerzas.

—Quital de mi presencia á esa muger, dijo dirigiéndose á su guardia, y que jamás vuelva á aparecer ante mis ojos.

—¡Bárbaro!... gritó la princesa, en cuya mirada azul y brillante radiaba una ráfaga de dolor. ¡Hombre cruel ya que me arrojas de tu presencia para siempre, oye al menos el secreto que hace tanto tiempo destroza con su peso mi corazón. ¡Yo te amo!... y esta fatal pasion no la ha podido apagar la maldad ni el dolor. ¡Ay! ¿Y tú piensas que la que ha sabido conocerte y amarte, haya sido capaz de clavar un puñal en el pecho de su marido? No me opuse á ello, porque sabia que iba á robarte la corona y la vida, y quise salvarte una y otra, pero mis manos no se han teñido de sangre, ó ignoraba que traian á tu vista te sangriento despojo. ¡Mirame, Alejandro! prosiguió la pobre jóven arrastrándose de rodillas por el duro pavimento; ¡mirame, y verás mi frente marchita por el dolor! ¡Mirame, y encontrarás mis ojos secos y abrazados á fuerza de llorar!... ¡Ya no tengo padre, ni hermanos!... ¡No tengo á nadie que se compadezca de mí!... ¡Ten tú, al menos, piedad, por la que mas amo!...

Calló la princesa, quebrantada por aquel horrible dolor; dobló la cabeza sobre el pecho, y una penosa convulsion recorrió todo su cuerpo.

Sus ojos no derramaban una lagrima siquiera; ojos é inmóviles, parecian los de una sonámbula ó los de una muerta.

La reina habia dejado su asiento y acercándose á ella poco á poco; cuando la vió próxima á desfallecer, dobló una rodilla en tierra y apoyó piadosamente en su regazo la cabeza de la infeliz Hermione, que cerró los ojos dando un doloroso gemido.

—¡Lleaos de aqui á esa muger! repitió Alejandro, sin volverse á mirar á la jóven que yacía inanimada.

—¡Piedad, señor! exclamaron á la vez la reina y su hermana, juntando las manos con suplicante ademán y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Piedad, hijo mio! repitió la anciana Sísigambes con alterada voz.

—¡Arqueros! gritó Alejandro, en cuya bella y magestuosa fisonomía se pintó una terrible expresion, capaz de intimidar á los hombres mas valientes, ¡preparad las armas para dar muerte á la culpable!

Los soldados obedientes montaron los arcos; pero los detuvo un terrible grito de la reina.

—¡Soldados! dijo cubriendo á Hermione con su cuerpo; mi pecho es el escudo de esta jóven; si os atrevéis, pues, asestad esos dardos á vuestra reina (4).

Desapareció súbitamente la expresion de furor que trastornaba el semblante del rey y quedó mas pálido que la piel de cianeo que guarnecia su mano sobre la cabeza de su esposa, como si de este modo quisiera protegerla del peligro que la amenazaba. Al mismo tiempo hizo una imperiosa señal á los soldados, que permanecieron inmóviles con las flechas en los arcos.

—Tomad á esta jóven, Demetrio, dijo Estátira en voz baja al príncipe de Egipto, y ponéla en salvo de la ira del rey.

Con un rápido movimiento cogió el jóven á Hermione, y la sacó de la tienda dejándola en los brazos de su nodriza como si fuera un niño dormido.

—Alejros sin perder tiempo de las trincheras de los macedonios, dijo el príncipe á Estraton, en tanto que clavaba en el hermoso semblante de Hermione una mirada ardiente y melancólica. Despues exclamó:

(4) La angélica bondad de la reina Estátira, y su piedad por toda el que sufría, la arrastraron terribles desgracias, y los beneficios que dispuso esta princesa, fueron siempre recompensados con la ingratitude de los que los recibieron.

(NOTA DE LA AUTORA.)

—¡Pluguese á los dioses, desventurada Hermione, que jamás te hubiera conocido, ó que al menos me fuese dado el consuelo de morir junto á ti!

La infortunada princesa quedó yerta é inmóvil sobre la húmeda campiña. Teane se sentó á su lado llorando amargamente, mientras Estratón, que se había subido á una pequeña eminencia, parecía escuchar con ansiedad.

—¡Vienen!... gritó percibiendo el galope de muchos caballos. ¡Nos persiguen!... ¡Teane, huid con la princesa!

Pero antes de espirar en sus labios estas palabras, se precipitaron los soldados del rey en la llanura.

—¡El culpable es ese hombre! exclamó Teane, rodeando con sus brazos á la princesa; ¡matad-le!... ¡El es el asesino!

La anciana, al ver amenazada de muerte á su querida hija, se olvidó de todo y solo pensó en salvarla.

—No temas nada, buena vieja, dijo el que parecía mandar á los demás; solo venimos á buscar á ese hombre; el rey Alejandro no quiere nada con las hembras.

—¡Me buscáis á mí!... exclamó el capitán elevando al cielo sus negros ojos con una indefinible expresión; voy á seguirlos, añadió, pero dejadme antes dar el último adiós á la princesa.

Arrodillóse Estratón y pegó sus labios á la helada mano de la jóven; mas irguiéndose de pronto y con un rápido movimiento, apoyó en tierra la empuñadura de su espada, y se atravesó el pecho de parte á parte, bañando el suelo con su sangre, y dando el postrer aliento en un hondo gemido.

Los arqueros se encogieron de hombros, como satisfechos de ahorrarse el trabajo de conducir al capitán, y volvieron grupas tomando otra vez al trote el camino que conducía á sus trincheras.

Hermione continuaba tendida en la yerba, pálida é inanimada; únicamente velaban aquel letargo mortal una anciana que sollozaba, y un cadáver tendido á sus pies.

La luna alumbraba, apacible y plateada, aquel cuadro desolador.

VI.

Tan hermosa, ilumina la alegría  
Como alumbrá la muerte y el dolor.  
.....  
(LA ACTORA.—La enamorada del Sol.—Poesía inédita).

Pocos días después de los acontecimientos que acabamos de referir, y el mismo en que se dió á orillas del Ganges la batalla que derrotó el ejército sublevado por Efestion, sometiendo de nuevo al poder de Alejandro á Maracanda y Edesa, presentaban las llanuras de Babilonia un espectáculo hermoso é imponente á la vez.

Humcaban á un tiempo cien altares, dispuestos para los sacrificios con que el ejército vencedor daba gracias á sus dioses.

Cien inocentes y blancos corderillos fueron inmolidados, y sus entrañas se observaron prolijamente por los sacrificadores, sin que encontrasen en ellas otra cosa que indicios de ventura.

Aquellos altares iluminados con teas y bañados por el sol; los sacerdotes con sus blancas vestiduras lalares; el incenso que se elevaba en nubes hácia el azulado firmamento; los cien guerreros prósternados, en cuyas armaduras de luciente acero reflejaba su luz la antorcha de los cielos; el sonido de los alabales é instrumentos bélicos; todo, en fin, contribuía á formar un cuadro magnífico y deslumbrador.

Los heridos que resultaron de la refriega habían sido conducidos á las tiendas, donde eran cuidadosamente asistidos.

Solamente un guerrero, cuyo pecho se veía atravesado por una daga, había quedado tendido bajo un árbol, por temor de que perdiese la vida al trasladarlo; otros dos personajes velaban su agonía, de los cuales el uno era un anciano, y el otro un jóven que parecía sumido en la mas viva adicción.

Pero mirando con cuidado á aquellas tres personas, fácilmente se hubiera conocido que dos de ellas ocultaban su sexo de mujer bajo la ruda vestidura del soldado; parentizábanlo así sus largas cabelleras, negra como el azabache

en la que tenía la daga clavada en el pecho, y blanca en la que lloraba. En cuanto al otro personaje, se adivinaba claramente que era un hombre al observar sus cabellos cortos, la energética belleza de sus facciones, y la pasión que ardía en sus negros ojos, aunque velados á la sazón por una profunda tristeza.

—¡Hermione!... decía aquel hombre sosteniendo la cabeza de la jóven herida. ¡Es posible que me abandones cuando he vuelto á encontrarte!... ¡Es cierto que he podido clavar mi daga en tu corazón! ¡Es verdad que soy yo quien te da la muerte!

—No os alijáis; así.... Demetrio, contestó ella con débil y cortada voz. Os soy deudora de la única dicha que apetecía en la tierra... la de morir... porque únicamente para buscar la muerte me disfracé de este modo, y corrí á mezclarme con los enemigos de Alejandro...

Calló Hermione bajo el peso de su fatiga, y llevó una mano á su pecho; mas este movimiento la produjo un dolor tan agudo, que cerró los ojos exhalando un lastimero gemido.

—¡Hermione! ¡Hermione!... exclamó el príncipe de Epiro inclinándose hasta tocar la frente de la desventurada princesa; miradme, por lo que mas ameis... volved en vos... ¡tened piedad de mí!...

El desgraciado jóven dolíaba por la fuerza del dolor: había amado á la princesa desde el instante en que la vió, y hallándola en el combate disfrazada de guerrero y entre los enemigos de su rey, la había herido mortalmente sin coacerla.

No creais en las inspiraciones del corazón de los hombres. Demetrio tuvo delante á la mujer que como un loco amaba; á aquella con quien soñaba dormido, y cuya imagen tenía incesantemente ante sus ojos; y sin embargo, levantó su puñal sobre aquella mujer y derramó su sangre, sin que su corazón le avisase con un latido, de que aquella infeliz que sacrificaba era el único ser que le inspirara tanto amor.

Poned delante de una mujer á su amante; disfrazado como querais, decidla que el hombre que ve es su mas mortal enemigo; obligadla á que le hiera, y vereis cómo palpita su seno, cómo tiemblan sus labios, cómo asoma á sus ojos el llanto; vereis, por fin, que se desprende el puñal de sus manos y que no hiere, porque su corazón la avisará y la gritará mas fuerte que vuestra voz.

La princesa abrió los ojos al oír los dolorosos gritos de Demetrio, y aun pudo sonreír con dulzura.

—¡Por qué os atormentais de ese modo amigo mío, dijo con lentitud asombrosa, no os he dicho que la muerte es... la única dicha que puedo alcanzar... en este mundo?... ¿Qué importa que sea vuestra mano la que me hace tanto bien?...

—¡Morir ahora, Hermione!... gritó el príncipe con desesperación; ¡y morir por mi causa, cuando daría yo mi existencia toda por una sola mirada vuestra!... ¡Morir, cuando sin cesar os he buscado para decirós que os amaba!... ¡Cuándo tal vez podía esperar vivir siempre junto á vos y llamaros mía!... ¡Ah!... ¡Sería el cielo injusto, y eso no es posible!...

Mas como si el mismo cielo hubiera querido aniquilar hasta la última esperanza del enamorado jóven, vió que se agitaba Hermione en una última convulsión, y que cubría sus grandes ojos el velo de la muerte.

—¡Padre!... ¡Hermandos míos!... Ya voy.... esperad.... También tú me llamas... Efestion... espérame, pues... el cielo va... á juzgarnos á los dos...

Incorporándose por un último y doloroso esfuerzo, estrechó entre las suyas las manos del príncipe, y después extendió los brazos á Teane.

—¡Demetrio.... olvidadme.... y sed feliz... murmuró todavía; defendad á Alejandro... y decidle... que muero... amándole, y que le bendije... al espirar... ¡Madre mía!... ¡Adios!

Su postrer suspiro se exhaló en su último acento; quedó inmóvil su cabeza en las rodillas del príncipe, y yertas sus manos en las manos de Teane.

La desdichada princesa únicamente columbró el amor feliz al borde de la tumba.

El sol alumbró su agonía, como iluminaba los sacrificios que se celebraban en la llanura, y lo mismo que iluminó la luna su largo desmayo en el campo de los macedonios.

Trascurrido un corto espacio de tiempo, murió Alejandro en un banquete que le dió uno de sus favoritos; pero como no es mi ánimo narrar ahora un acontecimiento que conocerán gran parte de mis lectores, y que pienso contar en otra historia á los que lo ignoren, me limitaré á terminar esta leyenda del mismo modo que Eugenio Sué finaliza su *Marqués de Letoriers*.

ALGUNOS AÑOS DESPUES CASÓ EL PRINCIPE DEMETRIO CON UNA PRINCESA GRIEGA.

Confieso que esta conclusion no es de mi gusto, pero es histórica; y yo, novel escritora, tengo, sin embargo, un indecible placer en plagiar algo del célebre novelista francés; la he preferido ademas porque demuestra hasta la evidencia la constancia de los hombres en el amor.

M. DEL P. SINUES DE MARCO.

MISCELANEA.

Con la mayor satisfacción hemos visto la Memoria anual de la Caja de ahorros de Madrid, leída en la junta general directiva de 4 de febrero, bajo la presidencia del Excmo. señor gobernador de esta provincia, y examinado los estados generales de su situación y operaciones hasta 31 de diciembre de 1856. Del movimiento de la caja durante el expresado año, resulta que ascienden á 7,429 los imponentes, cuando en el anterior solo eran 6,016. El capital impuesto es de 15,260,240 rs., habiéndose por consiguiente aumentado en cerca de dos millones sobre los 13,270,213 rs. existentes en fines del año 1855. El número de imposiciones ha sido de 77,262; el de nuevos imponentes 3,202; de ellos, 704 sirvientes y 513 artesanos; el de pagos, de 2,464. Estas cifras demuestran eloquentemente el aumento de poblacion en la capital, y el espíritu de prevision y economía que va desarrollándose entre ciertas clases de la sociedad, así como la confianza que las merece la inmejorable organizacion de ese filantrópico establecimiento.

EL AMOR PROPIO.—El amor propio, dice un autor, es parecido á la avaricia: no deja nada en el suelo. La una se baja para coger, aunque sea un alfiler, y el otro el mas necio elogio.

LOGOGRIFO.



ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.